



MARGARET WEIS

timun mas

Quiero dar las gracias a Deb Guzman, de Delavan, Wisconsin, y a sus collies, *Coy*, *Tell* y *Bizzy*, por enseñarnos a mí y a mi collie, *Tess*, el fascinante trabajo del perro pastor con el rebaño.

Mi agradecimiento a Joshua Stewart, de Beaumont, Texas, por sugerirme el término «emmide» para el cayado de Rhys.

También doy las gracias a Weldon Chen, «Granak» de Reno, Nevada, que me hizo un tablero de khas para que pudiera aprender a jugar. Gracias asimismo a Tom Wham, de Lago Ginebra, Wisconsin, que jugó conmigo numerosas partidas de khas y me ayudó a comprender las reglas.

Prefacio

Recuerdo con tanta claridad como si hubiese sido ayer la primera vez que di con una obra de Margaret. Era a mediados de los ochenta y acababa de enviar a varias editoriales el manuscrito de mi primera novela, *Ecos de la Cuarta Magia*. Como me estaba volviendo loco por estar pendiente del cartero a diario, decidí entretenerme con otra cosa. Me habían hablado de ciertos libros nuevos de fantasía que estaban causando sensación, de modo que fui a la librería del barrio y compré la primera novela de Dragonlance.

Estaba inmerso en ese libro cuando empezaron a llegar las malas noticias. Carta tras carta de rechazo aparecieron en mi puerta; ¡no tenía ni idea de lo mucho que deseaba que publicaran mi trabajo! La frustración dio paso a la indignación, que descargué con el libro que tenía en mis manos en ese momento. Me acuerdo de que manifesté en unos términos que no dejaban lugar a dudas que yo podía escribir un libro mejor que ése, sin darme cuenta de que esas manifestaciones eran la exteriorización de mi dolor.

Al cabo de unos cuantos años alcancé un acuerdo con TSR y, posteriormente, se me pidió que asistiera a Gen Con. Mi editora, Mary Kirchoff, me condujo hacia donde dos personas, Margaret Weis y Tracy Hickman, se preparaban para la firma de ejemplares.

-Mira a esos dos -me dijo-. Aprende cómo se comportan unos profesionales con una fila que espera para el autógrafo.

Me senté, un tanto azorado a causa de mi reacción con el libro de Dragonlance varios años atrás. Os diré que por entonces no había terminado esa novela. Me sentía demasiado furioso y frustrado.

Me presentaron a Margaret y a Tracy e intercambiamos unas cuantas palabras corteses. Poca cosa, porque empezaba a formarse la fila. Lo que más me impactó durante la firma de autógrafos fueron las preguntas y los

comentarios de los lectores. Llegaba un aficionado tras otro y hablaba de Kitiara, Tanis y Raistlin de forma reverente y emocionada. A esas personas, numerosas, inteligentes y eruditas, las había conmovido profundamente el libro que yo había tirado a un lado con rabia años antes.

Aquel instante sigue siendo una revelación para mí. Lo primero que hice cuando volví a casa fue ir a la librería y comprar todos los primeros libros de Dragonlance. En esta ocasión los leí sin dobleces. Cuando acabé, podría haber sido una de aquellas personas que querían saber más cosas de Raistlin, que se preocupaban por Tanis y que estaban prendadas de Flint y de Tasslehoff. Era una historia maravillosa y narrada maravillosamente, con personajes ricos en matices y encantadores (vale, a excepción de Sturm. ¡Chico, detestaba a Sturm y vitoreé al dragón! Juaaajajajaaa).

Bien, como iba diciendo... No me sorprende que Margaret atraiga a montones de aficionados a todas las firmas de autógrafos ni me sorprende lo más mínimo que, después de todos estos años, se sigan vendiendo decenas de miles de copias al año de aquellos primeros libros de Dragonlance. Cuentan una historia conocida pero nueva a la vez. Nos muestran héroes que nos resultan familiares pero que son únicos al mismo tiempo. Y nos hablan de villanos maravillosos, deliciosos. Y, por supuesto, también está Raistlin, tan multidimensional, tan frío y tan malo, tan conflictivo y tan controvertido y tan franco. Sin lugar a dudas, los libros merecen todo elogio.

¡Vaya!

Y otra vez ¡vaya!

Margaret Weis es una de mis escritoras favoritas. Ojalá pudiera enlazar las palabras de una forma tan maravillosa como ella. También es una de las personas que prefiero. Muy a menudo, demasiado, oímos ese tópico de que la sonrisa de alguien «ilumina una habitación». Y muy contadas veces conocemos a una persona cuya sonrisa haga eso realmente.

Sigue así, Margaret, ¡y que no se te ocurra dejar de escribir!

R. A. SALVATORE

Prólogo

l templo dedicado a su culto estaba situado debajo de la muralla y las fortificaciones del castillo, debajo de torres y atalayas, incluso debajo de las mazmorras. La familia noble, a quien antaño había pertenecido el castillo, había enterrado a sus honorables muertos en esa cripta para preservar la sagrada inviolabilidad de la muerte, para mantener las sepulturas a salvo de los ladrones de tumbas y cosas peores.

Aun así los ladrones aparecieron.

Hace mucho tiempo, la noble y olvidada familia se extinguió en alguna noble guerra largo tiempo olvidada. Con el castillo abandonado, no quedó nadie que protegiera a los muertos. Aunque la cripta era profunda y la escalera que conducía a ella estaba oculta, los que tenían olfato para los tesoros la localizaron. Los ladrones forzaron las losas de mármol de las tumbas, talladas a semejanza del noble caballero o de la noble dama, y las tiraron al suelo, donde se hicieron añicos. Arrebataron los anillos de rubíes de las manos esqueléticas, despojaron las calaveras de diademas de oro, arrancaron colgantes de diamantes y se llevaron las espadas enjoyadas.

Después de los ladrones aparecieron cosas peores.

Vilipendiados en todo Ansalon, los que abrazaban el culto a Chemosh, Señor de la Muerte, no tenían más remedio que celebrar sus rituales sagrados en sitios ocultos. Los templos dedicados al culto de Chemosh se encontraban en cuevas, catacumbas y sótanos, y se rumoreaba que había uno en las alcantarillas de Palanthas. Los mejores escenarios para un templo del dios eran aquellos que ya estaban dedicados a la muerte, porque el poder del dios se experimentaba con mayor intensidad. Los cementerios de la zona eran sitios ideales, pero solían estar a la vista y, en consecuencia, las autoridades locales tenían por costumbre hacer redadas a menudo con el

propósito de erradicar a los muertos vivientes, y por ello resultaban lugares de culto peligrosos para los clérigos de Chemosh. El hallazgo de una cripta familiar cuya existencia era desconocida para el resto del mundo resultó un descubrimiento importante.

Vestidos con las negras túnicas ceremoniales, tapados los rostros con blancas máscaras de calaveras —pues los seguidores de Chemosh no confiaban en nadie, ni siquiera los unos en los otros—, los clérigos del Señor de la Muerte celebraban los rituales que hacían que los cadáveres volvieran a lo que ellos consideraban «vida». Cuando morían ellos, el alma de estos clérigos no era libre de unirse al Río de los Espíritus hacia la siguiente etapa del portentoso viaje. Al haber jurado lealtad al dios a cambio de favores concedidos mientras estaban vivos, el dios los obligaba a permanecer en el mundo una vez que habían muerto y a cumplir sus mandatos, y sus restos mortales eran animados para obedecer la orden de proteger el templo o el tesoro y expulsar a los invasores, mientras sus cadáveres morían una y otra vez para ser reanimados una y otra vez.

Cuando llegó la Era de los Mortales y Takhisis robó el mundo a los demás dioses –incluido Chemosh–, los clérigos de éste perdieron su poder. Los cadáveres ya no se levantaban a su orden ni tomaban las armas con las descarnadas manos para protegerlos de sus enemigos. Algunos clérigos quemaron las túnicas y las máscaras blancas para mezclarse con sus vecinos. Otros conservaron la fe, la mantuvieron a salvo y en secreto. Con la esperanza de que algún día su dios regresaría, tapiaron las criptas, las tumbas, las catacumbas, y guardaron el secreto en su corazón. Los leales a Chemosh vivos esperaron el momento oportuno, y otro tanto hicieron los muertos.

Cuando Takhisis, Reina de la Oscuridad, buscó espíritus para impulsar su regreso al mundo, no encontró muchos de aquellos comprometidos con Chemosh. Escondidos en la tenebrosidad de la muerte en vida, guardaron silencio, sin acudir a la llamada, y aguardaron a su señor.

Y ahora, reencontrado el mundo, depuesta y muerta la traicionera reina, el dios había regresado. Chemosh se hallaba allí, pero no estaba contento.

En la cripta familiar que antaño había sido su templo, se erguía en medio del polvo, de los excrementos de ratones y de pedazos de cuerpos desmembrados –una clavícula aquí, una espinilla allí– y miró a sus seguidores, que se acercaban lentamente desde los oscuros rincones y salían trabajosamente de los sarcófagos. Una mueca torció sus labios.

-Sois una fea caterva -les dijo-. Y apestáis. Vuestro hedor llega al firmamento. Me sorprende no haber localizado el mundo guiado por vuestro olor.

Los cadáveres no le entendieron. Volvieron las cuencas vacías hacia él y aguardaron sus órdenes en un silencio que ninguna lengua podía romper.

Allí parados, con un aspecto increíblemente estúpido, a uno se le cayó un dedo. Otro perdió una rótula. A otro se le desprendió un brazo.

Chemosh frunció el entrecejo. Una rata le pasó por encima de las botas. Sumido en el desánimo, el dios no se molestó en matarla y la dejó escapar. El animal se refugió dentro de una calavera y la cola se agitó ridículamente en la boca, que parecía sonreír en una mueca patética.

-Ahí estáis, esperando mis órdenes. ¿Y qué se supone que voy a deciros que hagáis? ¿Salir a reclutar seguidores de mi culto? ¡Aguardad! –ordenó, irritado, ya que algunos de los cuerpos descompuestos habían interpretado mal el comentario y se dirigían a la salida—. No era una orden, revoltijo de huesos descerebrados. Me imagino el tipo de seguidores que a buen seguro me traeríais. Oh, sí, todo el mundo está deseoso de adorar a un dios cuyos devotos fieles se hallan en la última etapa de putrefacción.

Chemosh les asestó una mirada furibunda y les hizo un ademán brusco, impaciente.

-¡Oh, largaos! Fuera de aquí. Me revolvéis el estómago. Id y aterrorizad a algún pueblo. Con suerte, algún clérigo de Mishakal os encontrará y os hará pedacitos –añadió mientras sus seguidores se dirigían a la salida en medio de tintineos y chasquidos de huesos que dejaban un rastro de los fragmentos que iban perdiendo.

El dios se sentó en la losa de un sarcófago y se quitó de un capirotazo un trocito de hueso que se le había quedado enganchado en los calzones de terciopelo negro.

-¿Dónde están los jóvenes, los fuertes, los hermosos? –demandó–. ¿Por qué no han acudido a mí? Yo os diré por qué. –Echó una mirada asqueada a los esqueletos que se alejaban–. Los jóvenes no piensan en la muerte, sino en la vida, en vivir, en el gozo y la felicidad, en la juventud y la belleza. Si les hablas de Chemosh, los haces reír. «Vuelve para hablarme de él cuando sea viejo y feo», dicen. Ésos son los seguidores a los que intereso, vejestorios artríticos y desdentados, viejas brujas cotorras que entonan mi nombre y sacuden gatos negros en mi dirección. ¡Gatos! –rezongó–. ¿Para qué quiero yo gatos?

Chemosh propinó una patada al cráneo y lo lanzó rodando. La rata se escabulló del interior y corrió hacia un rincón polvoriento.

–Lo que quiero es juventud, fuerza, poder. Conversos que acudan a mí de buen grado, anhelantes. Conversos que frecuenten mis templos a plena luz del día y proclamen que están orgullosos de servirme. Eso es lo que quiero. Lo que necesito. –Apretó el puño—. Y así ganar el puesto de poder en el cielo que me corresponde. –Se puso de pie y deambuló, agitado, por la cripta.

»Sargonnas tiene su imperio minotauro que crece de día en día. Y la remilgada Mishakal, ¡cómo la adoran! Todos acuden en masa a adorarla mientras gritan «¡Sáname, sáname!». ¿Cómo voy a competir con eso? —Hizo un alto para sacudir las telarañas que se le habían pegado en la chaqueta de terciopelo negro.

»Hasta Zeboim, esa mujerzuela desvergonzada, tiene el corazón de todos los marineros de la flota. ¿Y yo? Yo tengo moho y herrumbre a espuertas. Y arañas. ¿Cómo me voy a convertir en un rey entre los dioses cuando los más inteligentes de mis servidores son los gusanos que se alimentan de ellos?

Chemosh se limpió el polvo de las manos, se quitó la tierra y los fragmentos óseos que manchaban sus botas y salió por la puerta destrozada que conducía a la cripta. Subió por la sinuosa escalera que llevaba a la superficie, de vuelta al aire fresco del exterior.

-Voy a hacer cambios -juró-. La muerte tendrá un nuevo rostro. Un rostro con ojos brillantes y labios rojos como rubíes.

Salió a la noche y se detuvo para alzar la vista hacia las estrellas, a la nueva y recién configurada formación de las constelaciones, a las tres lunas recientemente reaparecidas. Sonrió.

-Labios que la gente se morirá por besar.

Libro I Ámbar

ina enterró a su soberana debajo de una montaña.

La reina había creado esa montaña, la había moldeado, le había dado forma, la había alzado con sus manos inmortales. Y ahora yacía bajo ella.

La montaña moriría. Roída por los dientes del viento, picoteada por las gotas de lluvia, lentamente, con el tiempo, siglo tras siglo, la magnífica montaña que Takhisis había creado se desmenuzaría en polvo, se mezclaría y se perdería entre las cenizas de su creadora muerta. La última afrenta. La amarga ironía final.

-Lo pagarán -juró Mina, que contemplaba cómo se ponía el sol tras la montaña y cómo las sombras se apoderaban del valle-. Lo pagarán... Todos los que hayan estado involucrados en esto, mortales o inmortales. Se lo haría pagar si no estuviera tan cansada. Tan, tan cansada.

Se despertaba cansada; si es que podía utilizar el término «despertar», ya que nunca dormía realmente. Se pasaba la noche sumida en un inquieto duermevela en el que seguía consciente de cada cambio del viento, de cada gruñido o grito de animal, de cada mengua de luz de luna o parpadeo de estrellas. El sueño le lamía los pies y las ondas le mojaban los dedos. Cada vez que las olas del sueño, silenciosas y sosegadas, relajantes y apacibles, empezaban a arrastrarla con ellas, se despertaba con un sobresalto, como si se estuviera ahogando, y el sueño se retiraba.

Mina pasaba las horas diurnas guardando la sepultura de la Reina Oscura. Nunca se alejaba mucho de esa tumba debajo de la montaña, aunque Galdar no dejaba de atosigarla para que se marchara aunque sólo fuera durante un rato.

-Ve a dar un paseo entre los árboles -le suplicaba el minotauro-. O bá-

ñate en el lago. O sube a lo alto de las peñas para contemplar la salida del sol.

Mina no podía marcharse. Sentía el horrible temor de que alguna persona de Ansalon encontrara aquel lugar sagrado y que, una vez descubierto, los curiosos bobalicones acudieran a mirar el cuerpo y a darle golpecitos con el dedo mientras soltaban risitas tontas. Los buscadores de tesoros y los saqueadores irían y arramblarían con las joyas y cargarían con los sagrados artefactos. Los enemigos de Takhisis se presentarían para vanagloriarse ante ella. Sus seguidores afluirían, desesperados por recibir respuesta a sus plegarias, a intentar hacerla volver.

Eso, concluyó Mina, sería lo peor de todo. Takhisis, una reina que había gobernado el cielo y el Abismo, encadenada para siempre a las gemebundas súplicas de quienes no habían hecho nada para salvarla cuando murió, salvo alzar las manos y sollozar: «¿Qué va a ser de mí?».

Un día sí y otro también, Mina paseaba frente a la entrada de la tumba bajo la montaña, donde había puesto el cadáver de su reina. Había trabajado muy duro durante semanas, tal vez durante meses –había perdido la noción del tiempo—, a fin de ocultar la entrada, y para ello había plantado delante árboles, arbustos y flores silvestres y los había guiado de forma que la taparan al crecer.

Galdar la había ayudado en la tarea, y también lo hicieron los dioses aunque ella no fue consciente de ello; de haberlo sabido habría desdeñado esa ayuda.

Las deidades que habían juzgado a la Reina de la Oscuridad, Takhisis, y la habían declarado culpable de quebrantar el juramento inmortal prestado por todos en el comienzo de los tiempos, sabían tan bien como Mina lo que pasaría si los mortales descubrían la ubicación de la tumba de la Reina Oscura. Árboles que sólo eran plantones cuando Mina los metió en tierra habían crecido tres metros en un mes. Arbustos y zarzas crecieron de un día para otro. Un viento silbante que no dejaba de soplar pulió la cara del risco hasta dejar suave la roca, de manera que no quedó ni rastro de la existencia de una entrada.

Ni siquiera Mina fue capaz de dar con ella, al menos mientras estaba despierta. En sus sueños siempre podía verla. Ahora ya no le quedaba nada que hacer salvo protegerla de todos, mortales e inmortales. Había llegado incluso a desconfiar de Galdar, porque el minotauro era uno de los responsables de la caída de su reina. No le gustaba la forma en que el minotauro la instaba constantemente a irse. Sospechaba que Galdar estaba esperando que se marchara para irrumpir en la tumba.

-Mina, no tengo ni idea de dónde está la entrada a la tumba -le juró

Galdar una y otra vez—. ¡Ni siquiera sería capaz de encontrar esta montaña si me fuera, porque el sol jamás sale por el mismo sitio dos veces! —Gesticuló hacia el horizonte—. Los propios dioses la ocultan. El este es el oeste un día y el oeste es el este al siguiente. Por eso no hay peligro de abandonarla, Mina. Una vez que te marches nunca podrás hallar el camino de vuelta aquí. Estarás en condiciones de seguir adelante con tu vida.

En el fondo de su corazón ella sabía que eso era cierto. Lo sabía y lo anhelaba y al mismo tiempo la aterraba.

-Takhisis era mi vida -le respondía a Galdar-. Cuando miraba un espejo era su rostro el que contemplaba. Cuando hablaba, era su voz la que oía. Ahora se ha ido, y cuando miro en el espejo no veo ningún rostro. Cuando hablo, sólo hay silencio. ¿Quién soy, Galdar?

-Eres Mina -respondía él.

-¿Y quién es Mina? -preguntaba la joven.

Galdar no podía hacer otra cosa que mirarla fijamente, con impotencia. Sostenían esa conversación con frecuencia, casi a diario. Esa mañana la habían tenido de nuevo. Sin embargo, en esta ocasión la respuesta del Galdar fue distinta. Llevaba mucho tiempo pensando en ello y, cuando la muchacha preguntó «;quién es Mina?», él contestó en voz queda:

-Goldmoon sabía quién eras, Mina. En sus ojos te podías ver a ti misma. No veías a Takhisis.

La joven reflexionó sobre aquello.

Al recordar su vida la veía dividida en tres partes. La primera era la infancia. Esos años se habían convertido en un simple borrón de color, pintura fresca que alguien había corrido al pasar por encima una esponja mojada.

La segunda era Goldmoon y la Ciudadela de la Luz.

Mina no recordaba el naufragio ni haber sido arrastrada de la cubierta del barco al mar o lo que quiera que le hubiese ocurrido. Sus recuerdos —y su vida— comenzaban cuando abrió los ojos y se encontró chorreando agua, tendida en la arena, con un grupo de gente amontonada a su alrededor, gente que le hablaba con amorosa compasión.

Le preguntaron qué le había ocurrido.

No lo sabía.

Le preguntaron su nombre.

Tampoco sabía eso.

Al final habían llegado a la conclusión de que era la superviviente de un naufragio, a pesar de que no se había dado aviso de la desaparición de ningún barco. Se suponía que sus padres habían muerto en el mar. Ésa era la teoría más probable, ya que nadie había ido a buscarla.

Dijeron que no era raro que no recordara nada de su pasado ya que había sufrido un fuerte golpe en la cabeza, lo que a menudo ocasionaba la pérdida de memoria.

La llevaron a un lugar llamado Ciudadela de la Luz, un sitio maravilloso de cordialidad, resplandor y serenidad. Al evocar aquel entonces Mina ni siquiera recordaba cielos grises relacionados con la Ciudadela, aunque sabía que tenía que haber habido días de viento y tormenta. Para ella, los años pasados allí, de los nueve a los catorce, estaban iluminados por el sol radiante reflejado en las murallas de cristal de la Ciudadela. Iluminados por la sonrisa de la mujer que llegó a ser tan querida para ella como una madre: la fundadora de la Ciudadela, Goldmoon.

Le dijeron a Mina que Goldmoon era una heroína, una persona famosa en todo Ansalon. Su nombre se pronunciaba con amor y respeto en cualquier rincón del continente. A Mina no le importaba nada de eso. A ella sólo le importaba que cuando Goldmoon le hablaba lo hacía con dulce bondad y con amor. A pesar de ser una persona muy atareada, Goldmoon nunca estaba demasiado ocupada para responder a las preguntas de Mina, y a Mina le encantaba hacer preguntas.

Goldmoon era mayor ya cuando Mina la conoció, tan vieja como una montaña, pensaba la muchachita. Goldmoon tenía el cabello blanco y la cara marcada por arrugas de profunda tristeza y de gozo aún más profundo, arrugas de pesar y dolor, arrugas de esperanza y hallazgo. Sus ojos eran jóvenes como la risa, jóvenes como el llanto... Y Galdar tenía razón. Al evocar aquellos tiempos Mina pudo verse en los ojos de Goldmoon.

Vio una chiquilla que crecía demasiado de prisa, desgarbada, desmañada, de largo cabello pelirrojo y ojos de color ámbar. Todas las noches Goldmoon le cepillaba la abundante melena y respondía a todas las preguntas que a Mina se le habían ocurrido a lo largo del día. Cuando tenía el cabello cepillado y trenzado y estaba lista para acostarse, Goldmoon la sentaba en su regazo y le contaba historias de los dioses perdidos.

Algunas eran lúgubres porque había dioses que gobernaban las malas pasiones que alberga el corazón de cualquier hombre. Había dioses de la luz en oposición a los dioses de la oscuridad. Dioses que dirigían todo lo que había de bueno y noble en la humanidad. Los dioses de la oscuridad luchaban sin tregua para lograr la supremacía sobre la humanidad. Los dioses de la luz trabajaban sin descanso para impedírselo. Los dioses de la neutralidad mantenían el equilibrio en la balanza. Toda la humanidad se encontraba en medio. Cada persona era libre de elegir su destino, porque sin libertad el ser humano moriría como muere un pájaro enjaulado, y el mundo dejaría de existir.

A Goldmoon le encantaba contarle historias a Mina, pero la chiquilla se daba cuenta de que esas historias ponían triste a su madre adoptiva ya que los dioses se habían marchado y la humanidad se había quedado sola para seguir adelante lo mejor posible, con esfuerzo. Goldmoon había empezado una nueva vida sin dioses, pero los echaba de menos y su mayor anhelo era que regresaran.

-Cuando crezca -solía decirle Mina a Goldmoon- recorreré el mundo y encontraré a los dioses y te los traeré.

-Ay, pequeña -respondía Goldmoon con una sonrisa que prestaba brillo a sus ojos-, la búsqueda no te llevaría más lejos que aquí. -Y ponía la mano sobre el corazón de Mina-. Porque, aunque los dioses hayan partido, su recuerdo nace en todos nosotros: recuerdos de amor eterno, paciencia infinita y máximo perdón.

Mina no entendía. No tenía recuerdos de nada ligados al nacimiento. Al mirar atrás no veía nada salvo vacío y negrura. Todas las noches, cuando yacía sola en la oscuridad de su cuarto, rezaba la misma plegaria.

-Sé que estás ahí, en alguna parte. Deja que sea yo quien te encuentre. Seré tu fiel servidora. ¡Lo juro! Deja que sea la que te dé a conocer al mundo.

Una noche, cuando Mina contaba catorce años, elevó la misma plegaria con tanto fervor y anhelo como la primera noche que la había pronunciado. Y esa noche llegó una respuesta.

Una voz le habló desde la oscuridad.

-Estoy aquí, Mina. Si te digo cómo encontrarme, ¿vendrás a mí? Mina se sentó en la cama, ansiosa.

-¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

-Soy Takhisis, pero eso lo olvidarás. Para ti, no tengo nombre. No lo necesito porque como yo no hay otros en el universo, estoy exclusivamente yo, soy el único dios.

-Entonces te llamaré el Único -dijo Mina, que se bajó de la cama de un salto, se vistió con premura y se preparó para viajar-. Iré a decirle a madre adónde me dirijo...

-Madre -repitió Takhisis con desprecio y cólera-. No tienes madre. Tu madre está muerta.

-Lo sé -respondió Mina con voz temblorosa-, pero Goldmoon se ha convertido en mi madre. La quiero más que a nadie y he de decirle que me marcho o cuando descubra que no estoy se preocupará.

El tono de voz de la diosa cambió, dejó de ser enfadado para convertirse en un arrullo dulce.

-No debes decírselo o estropearás la sorpresa. Nuestra sorpresa, tuya y mía. Porque llegará el día en el que regresarás para decirle a Goldmoon que has encontrado al Único, soberano del mundo.

-Pero ¿por qué no puedo decírselo ahora? -demandó Mina.

-Porque todavía no me has encontrado -respondió Takhisis con voz severa—. Ni siquiera estoy segura de que seas digna de esto. Tienes que demostrar tu merecimiento. Necesito una discípula que sea valiente y fuerte, que no se deje desalentar por los incrédulos ni se deje influenciar por los antagonistas, que afronte dolor y tormentos sin encogerse. Me tienes que demostrar que vales para todo eso. ¿Tienes arrestos, Mina?

La muchacha tembló, aterrada. No creía tener el valor necesario. Quería volver a la cama, y entonces pensó en Goldmoon y en la maravillosa sorpresa que sería para ella. Imaginó el gozo de Goldmoon cuando la viera volver trayendo consigo un dios. Se llevó la mano al corazón.

-Los tengo, dios Único. Haré esto por mi madre adoptiva.

-Es justo lo que yo habría querido -dijo Takhisis, que se echó a reír como si Mina hubiera dicho algo gracioso.

Así comenzó la tercera parte de la vida de Mina, y si la primera era un borrón y la segunda era luz, la tercera fue sombra. Actuando de acuerdo con el mandato del Único, Mira escapó de la Ciudadela de la Luz. Buscó un barco en la bahía y subió a él. Era una nave sin tripulación. Mina era la única persona a bordo, pero el timón daba vueltas, las velas se recogían y se desplegaban; todas las faenas las llevaban a cabo manos invisibles.

El barco navegó en las corrientes del tiempo y la condujo a un lugar que le dio la impresión de que lo conocía desde siempre y, al mismo tiempo, que acababa de descubrirlo. En ese lugar Mina contempló el semblante de la Reina Oscura por primera vez, y la diosa era hermosa y terrible, y Mina se inclinó y la adoró.

Takhisis la sometió a prueba tras prueba, desafío tras desafío. Mina los soportó todos. Conoció un dolor semejante al de la muerte, pero no gritó. Experimentó un dolor semejante al de parir, y no rechistó.

Entonces llegó el día en el que Takhisis le dijo:

-Estoy satisfecha contigo. Eres mi elegida. Ha llegado el momento de que vuelvas al mundo y prepares a la gente para mi regreso.

-Volví al mundo la noche de la gran tormenta -le dijo Mina a Galdar-. Te conocí ese día. Llevé a cabo mi primer milagro contigo, te devolví el brazo.

El minotauro le echó una mirada significativa y la joven enrojeció.

-Quiero decir... que el Único te devolvió el brazo.

-Refiérete a ella por su verdadero nombre -instó duramente Galdar-. Llámala Takhisis.

Miró involuntariamente el muñón que era todo cuanto le quedaba del brazo con el que había manejado la espada. Cuando descubrió el verdadero nombre de la deidad que le había devuelto el brazo amputado, el minotauro había rezado a su dios, Sargonnas, para que se lo quitara de nuevo.

-No quería ser su esclavo -masculló Galdar, pero Mina no lo oyó.

La muchacha estaba pensando en soberbia, orgullo desmedido y ambición. Estaba pensando en el ansia de poder y quién había sido el verdadero responsable de la caída de la Reina Oscura.

-Fue culpa mía -musitó-. Ahora ya puedo admitirlo. Yo fui la que la destruyó, no los dioses. Ni siquiera ese despreciable dios elfo, Valthonis, o comoquiera que se llame. Yo la destruí. Yo la traicioné.

-¡No, Mina! -exclamó el minotauro, conmocionado-. Eras su esclava tanto como cualquiera de nosotros. Te utilizó, te manipuló...

La joven alzó los ojos de color ámbar y buscó los de él.

-Eso es lo que tú crees. Lo que creen todos. Sólo yo sabía la verdad. La sabía, como la sabía mi soberana. Puse en marcha un ejército de muertos. Luché contra dos poderosos dragones y los maté. Conquisté a los elfos y los sometí. Conquisté a los solámnicos y los vi huir de mí como perros apaleados. Hice de los caballeros negros una fuerza a la que se temiera y se respetara.

-Todo en nombre de Takhisis -dijo Galdar, que se rascó el pelaje del maxilar y se frotó el hocico con aire intranquilo.

-Quería que fuera en mi nombre -confesó Mina-. Ella lo sabía. Lo vio en mi corazón y por eso iba a destruirme.

-Y por eso ibas a dejar que lo hiciera -replicó Galdar.

Mina suspiró y agachó la cabeza. Se sentó en el duro suelo con las piernas dobladas hacia arriba y se abrazó las rodillas. Vestía la misma ropa que aquel fatídico día en el que su reina había muerto, la ropa sencilla que llevaba debajo de la armadura de una dama negra, es decir, camisa y polainas. Estaban harapientas ahora, descoloridas por el sol a un tono gris anodino. El único color fuerte que había en ellas era el rojo de la sangre de la reina, que había muerto en sus brazos.

Galdar sacudió la astada cabeza y se sentó erguido en la piedra que usaba de asiento, una piedra que su roce había pulimentado durante los últimos meses.

-Todo eso ha quedado atrás, Mina. Es hora de que sigas adelante. Todavía queda mucho que hacer en el mundo, y un nuevo mundo en el que hacerlo. Los caballeros negros están desperdigados, desorganizados. Necesitan un dirigente fuerte que los reunifique.

-No me seguirían -adujo la joven.

Galdar abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla.

Mina alzó los ojos hacia él y comprendió que el minotauro sabía la verdad tan bien como ella. Los caballeros negros no volverían a aceptarla como su comandante. Habían recelado de ella desde el principio al ser una muchacha de diecisiete años que casi no distinguía un extremo de la espada del otro, que jamás había presenciado una batalla, cuanto menos conducir hombres a una.

Los milagros que realizaba habían acabado por convencerlos. Como la propia Mina le dijo una vez a aquel despreciable príncipe elfo, los hombres amaban a la diosa que veían en ella, no a la muchacha en sí, y cuando esa deidad fue derrocada y Mina perdió el poder de realizar milagros, los caballeros negros sufrieron una desastrosa derrota. Y, para colmo, creyeron que había desertado al final y los había abandonado para que afrontaran solos la muerte. Jamás volverían a seguirla, y no los culpaba por ello.

Tampoco quería ser líder de hombres. No quería volver al mundo otra vez. Estaba demasiado cansada. Sólo deseaba dormir. Se recostó en los huesos de la montaña donde su reina dormía el eterno descanso y cerró los ojos.

Debió de quedarse dormida porque al despertar encontró a Galdar acuclillado delante mientras le suplicaba de todo corazón que abandonara aquella prisión.

-Mina, ya te has castigado más que suficiente. Tienes que perdonarte, Mina. Lo que le ocurrió a Takhisis fue culpa de ella, no tuya. No tienes que culparte por eso. ¡Iba a matarte! Lo sabes. ¡Iba a apoderarse de tu cuerpo, a devorar tu alma! Ese elfo te hizo un favor al matarla.

Mina alzó la cabeza y su gesto lo hizo enmudecer, frenó las palabras en su boca y empujó al minotauro hacia atrás como si lo hubiese golpeado.

-Lo siento, Mina. No quería decir eso. Ven conmigo -instó Galdar.

Mina adelantó la mano y le dio unos golpecitos en el brazo que le quedaba.

-Adelante, Galdar. Sé que tu dios te ha estado hostigando, exigiendo que te unas a él en la conquista de Silvanesti.

La joven esbozó una triste sonrisa ante la repentina turbación del minotauro.

-He oído por casualidad tus plegarias a Sargonnas, amigo mío -le dijo-. Ve y lucha por tu dios. Cuando vuelvas, me contarás todo lo que pasa en el mundo.

-Si consigo salir de este condenado valle jamás podré regresar. Lo sabes, Mina -contestó Galdar-. Los dioses se encargarán de que sea así. Se ocuparán de que nadie logre nunca...

Las palabras se le quedaron paralizadas en la lengua, porque mientras las pronunciaba estaban resultando ser inciertas. El minotauro se quedó mirando fijamente el extremo del valle, se frotó los ojos y volvió a mirar.

- -Debo de estar viendo visiones. -Estrechó los ojos para protegerlos del sol.
- -¿Qué pasa ahora? -inquirió cansinamente Mina, que no estaba mirando.
- -Viene alguien caminando por el valle -informó el minotauro-. Pero eso es imposible.
- -Es posible, Galdar -dijo la joven, que dirigió la vista hacia donde él miraba-. Viene alguien.

El hombre caminaba con aire resuelto por los huesos pelados del desértico valle barrido por el viento. Era alto y sus movimientos poseían un donaire imperioso. El cabello, largo y oscuro, ondeaba al viento. Su figura rielaba en las ondas de calor que irradiaba la superficie rocosa cubierta de arena.

-Viene a buscarme.